



PAULA

DANIELA

LUCIA

BOTAGORDA

SIETE CARAS DEL DESTINO EN LA HABANA DE LOS 90

DIANA

BRETEL

EVA

LIBERTAD

OROD

CONTENTS

[Sinopsis](#)

[Glosario de términos \(para no cubanos\)](#)

[Doble nueve](#)

[Paula](#)

[Daniela](#)

[Lucía](#)

[Diana](#)

[Gretel](#)

[Eva](#)

[Libertad](#)

[Autor](#)

Sinopsis



El niño Antonio ha oído desde su habitación el ruido de las fichas de dominó que su abuelo agita abajo, y sale en carrera a presenciar el juego, solo que esta vez él jugará un juego mucho más serio: «El dominó es como la vida», ha sentenciado el abuelo, y le obsequia su doble nueve como talismán. Por las páginas del libro discurre la vida de Antonio en La Habana hasta los treinta años aproximadamente. Unas veces el juego se tranca. Otras, gana y otras tantas, pierde. Cada lance tendrá el nombre de una mujer. Siete en total: siete rostros de La Habana humana y profunda. Botagorda se puede leer como una novela de autoficción en ocho capítulos o como una colección de ocho

relatos. Con esto ya queda claro que no es un texto tradicional. Su estilo, ligero y costumbrista, está cargado de un humor serio que después de la risa llama a pensar. Sus cuadros de costumbres constituyen, sin lugar a dudas, el testimonio literario de una Cuba finisecular.

*A La Habana, esa ciudad que persiste en mi memoria,
por donde me paseo todos los días descubriendo
todavía lo que ya no existe.
A mi abuelo, por enseñarme a amarla.
A mis hijos, por quitarles el privilegio de haber
nacido allí.
A mi esposa, por darme la fuerza para escribir
este libro.*



*Botagorda es una obra de ficción ambientada
en hechos reales. Cualquier semejanza con la
realidad es pura coincidencia, ¿o no?*

Glosario de términos (para no cubanos)



Asere: amigo, socio.

Aspirina: ómnibus pequeño fabricado en Cuba para transporte escolar o de centros laborales.

Bajichupa: prenda femenina pegada al torso y sin tirantes.

Blanquito en el dominó: cuando es poca la suma del total de números en las fichas.

Bobito: prenda femenina para dormir, de tela fina.

Cangrejito: pan en forma de cangrejo.

CDR: Comité de Defensa de la Revolución, organización de vecinos por lugar de residencia.

Changó: dios del trueno, los rayos, el fuego y la justicia en la religión yoruba.

Cojer botella: hacer autostop.

Confronta: transporte público que transita de madrugada.

CUJAE: Ciudad Universitaria José Antonio Echeverría, universidad técnica de La Habana.

CVP: Cuerpo de Vigilancia y Protección. Dícese también del empleado que labora en este cuerpo.

Dar agua al dominó: revolver las fichas.

Dar una ficha en el dominó: el número que aparece después de jugar.

Diversionismo ideológico: cualquier acción, concepto, idea, conversación o publicación considerada por el gobierno capaz de 'confundir' a la población.

El yuma: se refiere a los Estados Unidos o al extranjero (persona o lugar).

FEU: Federación Estudiantil Universitaria.

Fulas: dólares.

Jaba: bolsa, normalmente de Nylon.

Jeba: novia.

Guagua: ómnibus en Cuba.

Lada: marca de auto ruso muy común en La Habana

Las cuatro patas del dominó: los cuatro jugadores.

Matar una ficha en el dominó: jugar por ese número.

MTT: Milicia de Tropas Territoriales.

Mojito: cóctel popular originario de Cuba, compuesto de ron, azúcar, limón, menta o hierbabuena y agua mineral.

Nagüe: Se emplea como vocativo para dirigirse a una amistad o persona de confianza en el Oriente de Cuba.

«Opatereo»: canción del disco *Ancestros*, del grupo musical cubano Síntesis.

Oshun: diosa de los ríos, arroyos, manantiales (aguas dulces). Sintetiza el amor y la fertilidad en la religión yoruba.

Puro: padre, papá.

Perga: envase de cartón para tomar.

Pitusa: pantalón de mezclilla.

Polivit: pastilla multivitaminas.

PRE: Permiso de Residencia en el Extranjero.

Resingar: Molestar, incordiar o fastidiar a alguien.

Tener un chino atrás: tener mala suerte (provocada por el espíritu de un chino).

Warfarina o chispaetrén: bebida alcohólica artesanal de mala calidad.

Yemayá: diosa del mar en la religión yoruba.

Doble nueve



Siempre recuerdo aquella tarde. Tenía doce años, y como cada domingo, una inexplicable sensación de tristeza se sentía en todos lados. Mi abuelo y dos vecinos montaban la mesa de dominó en el portal de la casa. Faltaba el cuarto hombre para completar el dos contra dos, pero abrieron la caja y tiraron las fichas de nácar blanco sobre la mesa. El ruido interrumpió mi lectura y salté de la cama para salir al portal. Mi abuelo le daba agua al dominó en espera por la cuarta pata que no llegaba.

Cuando pequeño, me gustaba ver a mi abuelo jugar, preguntándome por qué elegía una u otra ficha, sin atreverme con los adultos. Aquel juego era una cosa muy seria. En el puerto te podían dar hasta una puñalada por una mala jugada. Mi abuelo me dijo entonces:

—Macho, siéntate ahí que ya tú estás grandecito. Vamos a jugar de pareja y vamos a darles una buena tunda a estos dos viejos.

—Abuelo, pero yo no sé jugar bien —dije contento, sabiendo que no había otra opción que dejarme intentarlo.

—Mira, el dominó es como la vida: a veces tienes buenas fichas. Otras, no tanto. Con lo que te toca, hay que hacer lo mejor posible. Fíjate bien en la ficha que doy yo y trata de no matarla. A su vez, mata las que dan ellos, pero si en determinado momento no sabes qué hacer, no lo dudes y deshazte de la que más valor tenga, pa que si se tranca el dominó, te cojan blanquito.

Se sacó del bolsillo un doble nueve gastado y me lo regaló.

—Viejo, además de psicólogo, eres tremendo BOTAGORDA —dijo un vecino.

Todos rieron a carcajadas. Asomando una media sonrisa pícara, mi abuelo fijó sus hermosos ojos azules en los míos, mientras asentía lentamente.

Paula



Si ella no inundara esta ciudad,

*todo cambiaría de color;
gozaría de otra claridad
cuando miro y pienso con dolor,
si no inundara esta ciudad.*

Pablo Milanés

La primera vez que vi a Paula, me resultó totalmente insignificante. Dicen que nunca hay una segunda oportunidad para dar una primera impresión, pero la convivencia constante con las personas nos modifica, lenta e imperceptiblemente, esa primera impresión haciéndola cambiar en cualquier sentido. Existen hermosuras monumentales que se vuelven insípidas, e incluso desagradables, y todo lo contrario: personas no tan agraciadas que con el tiempo las llegamos a ver preciosas, y a veces fabulosamente atractivas. Eso me sucedió con Paula.

Estaba en la CUJAE el día de la matrícula en la Facultad de Mecánica. Ella no paraba de hablar y su voz, algo aguda, me resultaba molesta. Su estatura era de casi 1,75 m, con cuerpo de barquillo, espaldas más bien anchas y caderas estrechas, pero de nalgas respingadas, un tanto saltarinas, y unos pechos capaces de abrirle huecos a cualquier camisa si se bailase muy apretado con ella. Era musculosa, de ademanes ágiles, con pelo castaño bien corto, de labios suaves y rostro duro, adornado con ojos grandes color miel. «Una nadadora», pensé enseguida. A pesar de estar en mi grupo de clases, solo hablaba con ella lo necesario. Algunas veces comíamos en grupo en la cafetería, cuando todavía existían unos cangrejitos que sabían muy bien, o en las colas de la pizzería, cuando todavía funcionaba como tal.

Un día salimos tarde de clases. Una multitud de gente estaba esperando la guagua en su primera parada. Hacía más de dos horas que no pasaba y más personas llegaban. Algunos venían en sentido contrario, pues después de tanto tiempo sin pasar, solo había chance de cogerla al inicio del recorrido.

Al cabo de un rato empezamos a verla en la distancia, saliendo del paradero. Sin exagerar habría más de trescientas personas allí, casi todos estudiantes. Cuando al fin se detuvo, fue como si hubieran dado un toque a degüello para la carga al machete y la gente se lanzó al asalto del ómnibus articulado. No sé si fue un jodedor, pero desde la casa de la FEU, que estaba al lado de la parada, se oía el *Opatereo* del grupo Síntesis a todo volumen, como si le diera más emoción a aquel salvajismo:

«Changó llama la ko iye,
Changó llama la ko iye, ea ae,
Changó llama la ko iye».

El chofer no tuvo tiempo de abrir las puertas. Desde afuera y luchando contra el mecanismo neumático, varios estudiantes lograron abrir las cuatro puertas y la gente entró como si fuese una cuestión de vida o muerte. El chofer, visiblemente molesto, gritaba para que entrasen solo por la puerta de adelante, pero todos lo ignoraban. Después de horas de espera, algunos entraban saltando por las ventanillas. Era increíble ver aquella lucha de tantas sardinas por meterse en una lata donde no cabían todas.

En unos minutos se llenó la guagua y llegó cierta calma, aunque algunas personas colgaban de todas las puertas, incluso de las ventanas. Un grupo de asaltadores empezó a recoger diez centavos por persona y lo fueron pasando de mano en mano de atrás hacia

la alcancía de delante. Muchos no pagaron, porque no les dio la gana o porque no podían ni moverse dentro de la lata de sardinas. Algunos colgaban literalmente, y usaban todas sus extremidades y fuerza para no caerse, desafiando a la muerte. Paula estaba justo a mi lado, con sus duras nalgas sobándome el pecho, y ambos literalmente aplastados contra el parabrisas.

—Chofe, arranca esto que nos vamos a morir asfixiados —chilló una muchacha.

—Hasta que no cierren las puertas, no me muevo.

Y sin explicarme cómo pudo lograrlo, salió a la calle deslizándose entre el tumulto. Desde abajo trató de empujar hacia dentro a la gente que colgaba en las puertas, sin lograr moverlas un milímetro.

—Bájense. Así no pueden ir.

—Ni locos nos bajamos de aquí. Llevamos más de dos horas esperando —respondieron a coro los colgados.

El chofer se sentó en la acera.

—Bueno, espero por ustedes —dijo. Encendió un cigarro y se puso a fumar.

—Tú vas a ver ahora —dijo un rubio alto y flaco, que estaba delante de nosotros—. Aguántame la mochila ahí —le dijo a alguien y de un salto cayó en el asiento del chofer.

La llave estaba puesta. La giró y se puso el motor en marcha. El chofer dio un salto y casi se tragó el cigarro que estaba fumando. El rubio gritó:

—Arriba que nos vamoossssss. —Y la guagua salió desprendida en dirección a la avenida de Boyeros.

Dentro del ómnibus había una fiesta. La gente gritaba, daba golpes en techos y paredes. Paula reía a